
Jorge Martín MONTOYA CAMACHO y José Manuel GIMÉNEZ AMAYA,
Encubrimiento y verdad. Algunos rasgos diagnósticos de la sociedad actual,
Pamplona: Eunsa, 2021, 346 pp., 14 x 21, ISBN 978-84-313-3651-6.

Encubrimiento y verdad de Jorge Martín Montoya y José Manuel Giménez Amaya es una reflexión muy documentada que hace un diagnóstico sobre la sociedad actual. Se articula en torno a cuatro preguntas: qué nos pasa, qué miramos, qué dejamos de ver y qué futuro nos espera. Las primeras páginas discurren a modo de retazos sin que se encuentre un sentido de unidad. El lector tiene la impresión de que se le presentan las piezas de un puzzle y anhela que la tarea de componerlo no dependa enteramente de su buen oficio. En ese sentido no defrauda, aunque haya que esperar algunas páginas se percibe la ilación de ideas.

Así para componer la repuesta a la pregunta qué nos pasa, los autores caracterizan nuestra época como un tiempo en el que reinan la ambigüedad, el ideal del progreso y la aceleración en los cambios culturales. Después dan la palabra a algunas voces críticas de la modernidad. Ahí desfilan C. S. Lewis con sus observaciones sobre la abolición de la naturaleza humana y de la ley natural, además de sus reflexiones en torno a la influencia del poder en un sujeto emotivista; Leo Strauss con la pérdida del sentido de la sabiduría y el triunfo de Jerusalén sobre Atenas; Hans Urs von Balthasar y el redescubrimiento de la belleza; René Girard y la pérdida de la identidad individual frente a lo colectivo; Robert Spaemann sobre la ambigüedad de la modernidad; Alasdair MacIntyre en debate con la teleología y el teísmo; y Remí Brague señalando la pérdida de lo verdaderamente humano y criticando la idea de autodeterminación.

Al final del primer capítulo los autores se preguntan cómo hemos llegado a esta situación y señalan que el problema está en una falta de armonía entre el sujeto y su acción debido a tres razones. Primero a que se ha pretendido que la libertad se sostenga sobre sí misma. En segundo lugar, a que se ha abandonado el concepto de vida, de modo que prima la dualidad ser-conciencia sobre la concepción más armónica de ser-vida-entender. Por último, algo similar sucedería con la separación sujeto-objeto que abre una brecha casi insalvable entre el ser humano y el mundo. Esta brecha deriva en una falta de armonía entre mundo exterior e interior (p. 85) que hace vulnerable al ser humano y facilita el encubrimiento de los fines racionales de la voluntad por parte de quien ejerce el poder.

Luego a la pregunta sobre qué nos pasa, los autores responden: «Nos encontramos ante una falta de inteligibilidad de los elementos antropológicos que componen la libertad de la acción humana. Además, se clarifica lo que hemos venido denominando el encubrimiento de la verdad en el ámbito de los fines naturales y racionales de la voluntad. Ocultamiento que ha sido llevado a cabo por quienes, teniendo el poder, ven conveniente que la sociedad aspire a una libertad sin contenidos morales que la sostengan, para hacer del hombre un ser vulnerable, en definitiva, dominable» (p. 91).

O dicho con otras palabras: «Si la persona no es capaz de reconocer los fines racionales de su voluntad, pierde libertad, ya que le será muy difícil alcanzar la distinción entre los bienes reales y los aparentes, tan necesaria para decidir lo que realmente se quiere en la propia vida. Un individuo así es un rápido comprador de cualquier producto del mercado que se anuncie en el momento apropiado; o un fiel seguidor de cualquier idea política, sea esta revolucionaria o conservadora, siempre que le prometa la satisfacción de sus deseos» (p. 91).

El diagnóstico final es que todo el proceso moderno arranca en el marco del problema gnoseológico, que deriva posteriormente en un problema antropológico de comprensión inadecuada del ser humano y en un problema ético de dificultad para entender su actuar (p. 96). Por eso en los capítulos segundo y tercero buscan responder a las preguntas qué miramos y qué dejamos de ver.

El segundo capítulo muestra que la primacía del conocimiento empírico es un carácter esencial del análisis gnoseológico de la modernidad, que además es compatible y viene secundada por un subjetivismo emotivista. Esa mirada reduccionista descarta enfoques fenomenológicos, estéticos y religiosos y se combina en el campo de la acción humana con una apelación a normas independientes que son una expresión disfrazada de las preferencias individuales. El capítulo se completa con unas distinciones semánticas en torno a la tecnología, un desarrollo histórico de la misma y un análisis de las problemáticas antropológicas, éticas y sociológicas que de ellas se derivan.

El tercer capítulo se centra en lo que dejamos de ver y la importancia de recuperar esa mirada para tener una comprensión más holística del ser humano y en consecuencia de su actuar. Comienza por señalar el ocultamiento de los fines debido a la primacía del conocimiento empírico que deriva en un encubrimiento de la naturaleza. Después indica cómo ha queda-

do oculta la racionalidad del cuerpo (que trasciende visiones subjetivistas o mecanicistas del ser humano) y cómo el culto al cuerpo y a su dimensión biológica dificulta ver la dimensión espiritual. En esta misma línea, por ejemplo, sorprende que una mayor comprensión del origen de la vida oculte tanto la comprensión profunda de la vida que conviva con un llamativo descarte de vidas iniciadas. De igual modo se ha oscurecido también la capacidad de entender la dependencia y la vulnerabilidad, el envejecimiento, la enfermedad e incluso la muerte, que por un lado se vive con gran dramatismo, cuando acontece, mientras que por otro se ignora o banaliza, en el día a día. A este respecto es magnífico el texto que recoge de Eric Kandel sobre las prácticas eugenésicas de comienzos del siglo XX en aras de una mejora biológica (pp. 176-180).

Este tercer capítulo cierra con unas consideraciones sobre cómo se ha primado la comprensión de una libertad negativa, del respeto y la tolerancia sin relación con la verdad, frente a una libertad positiva, que es vista como «paternalista». Y los autores proponen recuperar una comprensión más rica y propositiva de la libertad que debería orientarse a la verdad y que requeriría de la virtud para su ejercicio (p. 196).

El último capítulo del libro afronta la cuestión sobre el futuro que le espera al Occidente católico. Comienza por señalar que los valores de los que se nutre nuestra sociedad en su raíz son católicos pero que la situación es de descomposición porque ha desaparecido el alma que la sostenía. Esta falta de unidad en la diversidad o esta fragmentación diluyente tiene tres polos que siguen buscando su complementariedad: cuerpo y espíritu; varón y mujer; individuo y comunidad. La cuestión acuciante es si resultaría posible, como se ha intentado, una articulación adecuada de dichas polaridades sin la presencia de la religión, indicadora de los fines del hombre como individuo y sociedad. En un mundo que se aleja con claridad de Dios y de la fe revelada parece que, al hombre de fe, solo le queda una Esperanza sin garantías. Dicho alejamiento tiene según los autores una triple orientación. Por un lado, tanto la idea de un Dios personal como la de un Jesucristo Salvador se diluye. Por otro la pérdida del sentido de la tradición dificulta sobremanera la comprensión de la fe cristiana y en tercer lugar tampoco se comprende el sentido escatológico del vivir cristiano.

En este contexto, se espera de los cristianos una transmisión de la fe en un entorno ambiguo y rápidamente cambiante. A la par se les reclama una «pensada» que haga razonables las creencias y en especial la comprensión de

los sacramentos; por último, se espera que sean capaces de evangelizar en una sociedad donde los compromisos radicales están ausentes. Los tres grandes temas a resolver intelectual y vitalmente serían la disolución del sujeto, la renuncia a la verdad y el adiós a la historia.

Por último y una vez visto lo que parece que el futuro nos depara y lo que se debería esperar de los cristianos, los autores se centran en la virtud sobrenatural de la Esperanza porque «la presencia de un Dios que vive y está muy cerca de nosotros –mucho más de lo que imaginamos– es la auténtica fuente de la esperanza cristiana» (p. 307).

El libro se termina extrayendo tres conclusiones: que el problema fundamental de la modernidad es dejar de considerar el mundo creado y la humanidad como intrínsecamente valiosos; que hace falta una visión holística y sistémica de la realidad (tarea que el pensamiento filosófico tiene que asumir con responsabilidad y sentido de misión); y que el deterioro gnoseológico del conocimiento de la realidad (llámese nominalismo o empirismo) ha llevado a un deterioro antropológico en la visión del ser humano (subjetivismo) y ético en su actuar (emotivismo). Su propuesta de recomposición se articula desde un comportamiento ético *coram Deo*.

Sin duda, a los autores de este libro se les puede reconocer valentía y audacia. No tienen miedo de entrar en cuestiones de fondo. En parte porque se saben bien pertrechados del buen hacer de otros pensadores; y en parte porque han reflexionado con la profundidad de quien no rehúye los puntos espinosos. Cualquier análisis de este calibre siempre parecerá incompleto, pero la clave es si en lo que señala es certero. Y parece que sí. Ya Christopher Dawson intuyó la decadencia de Occidente hace más de medio siglo y lo achacaba a que las religiones son el alma de las culturas y cuando una cultura pierde su alma lo que le queda es la descomposición o, podríamos decir, una reanimación de urgencia. Al ser católico también vivía de Esperanza y de lo que el Espíritu Santo puede hacer, pero con el sentido de responsabilidad de quien se sabe llamado no solo a ser profeta de calamidades sino proclamador de una Palabra capaz de vivificar hasta unos huesos.

Si tuviese que añadir algún comentario personal a lo ya dicho, lo prolongaría con un corolario de las características necesarias para esa conversión ética a la que los católicos estamos llamados. Pero al tratarse de un mensaje de sobras conocido y recogido en los Evangelios, solo me queda remitirme a las fuentes.

Rubén HERCE